

AKENATHON, ¿ABRAHAM?

La historiografía oficial nos presenta la historia antigua como una sucesión de hechos entrelazados y ordenados. No es del todo cierto, los escasos cronistas e historiadores de los primeros tiempos basan sus fuentes en aportaciones fragmentarias y dispersas que tratan de recomponer con mejor o peor fortuna. Entretanto otros muchos historiadores e investigadores intentando ensanchar el campo han fijado su atención en las informaciones desprendidas de las diferentes cosmogonías, teogonías y mitologías, ya que estas nos reportan a un género de existencia análoga a todos los pueblos.

Nos vamos encontrando cómo este acervo mito poético de los pueblos antiguos también tiene su reflejo en la Biblia. Proverbios 22, 17-23 es una traducción casi literal del libro egipcio “la Sabiduría de Amenepome” y esta escrito hacia el año 1000 AC.

La “Caverna de los tesoros” es un compendio desconocido de narraciones orientales que habla de los reyes magos, Adán y otros personajes bíblicos. De este libro solo nos quedan manuscritos siríacos y árabes y una traducción al alemán de principios de siglo. En él se deslizan cosas tan asombrosas como la línea genealógica de los hijos de Israel, diciendo que: “estos nacieron en Egipto”.

La historia del pueblo hebreo es oscura en sus orígenes.

Tradicionalmente se nos cuenta como los hebreos salieron de la región Caldea y fueron conducidos por Abraham para tomar posesión en las tierras de Canáan (Palestina). Sin embargo, Moreau de Jonnes habla de cómo de la alianza de colonos egipcios y libios con la raza blanca indígena bajo la tutela de sacerdotes de Ammon surge una nueva raza etiope y semítica. Flavio Josefo y Tácito defienden el origen etiope de los hebreos. Tácito apostilla cómo, bajo el reinado de Cefeo, los hebreos se ven obligados a abandonar su patria, aunque apunta la posibilidad de que los hebreos pudieron ser una colonia de egipcios. El ojo abierto en el interior del triángulo símbolo de Jehová es un signo externo que servía para marcar a los vasallos de Egipto, asimismo era un atributo de poder que simbolizaba la vigilancia sobre los pueblos sometidos.

Josefo y Tácito hablan de una Etiopía asiática dividida en dos regiones. Los judíos formarían parte de una confederación de tribus de origen libio que ocupa la zona septentrional del Cáucaso, y serían llamados etíopes occidentales.

Los hebreos veneran sus orígenes de tal forma que existe una notable influencia de su genealogía en el Génesis.

Encontramos cómo el Caos del principio aludiría al nombre de los etíopes de la Biblia (Cusch). Caos significa también “Erebodes”, negro y habitante del país poniente. El fragmento de Sanchionathon, sacerdote de Tiro, declarado apócrifo y ciertos documentos fenicios llamados “Ammoneon grammata” (escritos de Ammon) parecen poner en relación una migración desde Tebas a Caldea y posteriormente a Fenicia.

En la canción de Beer un relato histórico contemporáneo al Éxodo se hace alusión al episodio de la separación de las aguas del mar rojo protagonizado por Moisés. La canción es mucho más prosaica y habla de Sarim (príncipes) y Nedibes-ha-am (nobles) que cubren con sus bastones una fuente para atravesarla. Recordemos que en el antiguo Egipto el cayado de pastor era un atributo de poder.

Así mismo, en este relato no reconocen en Moisés a ningún jefe y ni mucho menos se menciona el que este fuese investido por Dios. También encontramos referencias a como en el desierto existía un arbusto de cuya exudación gomosa los nómadas se alimentaban, y que los árabes llamaban mann-es-sema (don del cielo) lo que degeneraría en “mana”.

Algunos autores llegan a defender tesis controvertidas como la de que los hebreos fueron seguidores monoteístas del faraón Akenaton, el faraón que inicio el primer culto monoteísta, y al que incluso llegan a identificar con Abraham.

Habría que situarse en el Egipto politeísta de Amenofis IV (1364-1347 AC). De repente, este rey contemplativo tras un encuentro con un disco solar rompe con el panteón milenario de dioses egipcio. Amenofis revoluciona el lenguaje, el arte y la teología de la noche a la mañana, adopta un nuevo nombre Akhenaton (“El servidor de Atón”) y traslada la capital desde Tebas a la ciudad que lleva su nombre.

Lo que no sabemos es si este giro de 180º se debió al extraño encuentro con el disco solar o tuvo que ver con el contenido de las tablillas impresas en escritura cuneiforme aparecidas en Tell-el Amarna y que nos hablan de una correspondencia entre los reyes egipcios y los de toda Asia occidental algunos de cuyos primitivos pobladores eran monoteístas.

Akenathon era un dotado para las artes y seguramente en su ánimo constructor y místico ya se esbozaba la figura del iniciado constructor. Así mismo, simbólicamente Akenathon emparenta con los gremios canteros, pues hay constancia a través de los talatats (estela de Gibel Silsila) o pequeños bloques de granito provenientes de su derruido legado, de como manda abrir una cantera para la obtención de piedras con motivo de levantar un santuario en Karnak. Recordemos como su arquitecto principal, Beck, fue instruido por el mismo faraón.

Se ha querido entrever en Akenathon a la figura de Abraham, no obstante el famoso “Himno de Aton” datado en 1340 AC es casi similar al Salmo 104 del antiguo testamento (585 AC). Curiosamente este Salmo invocado en el año de comienzo del exilio babilónico del pueblo judío nos pudiera estar ofreciendo pistas muy firmes sobre el origen de la religión judía y tal vez del mismo pueblo hebreo.

Algunas hipótesis como la de los historiadores hebreos, hermanos Sabbat, hacen mención a un pueblo que migró desde Egipto a Asia Menor, los yahuds (adoradores del faraón), un grupo proscrito que seguía practicando el culto monoteísta en tiempos del faraón Ay y que partió al éxodo para fundar el nuevo reino de Yahuda.

Si Moisés tuvo algo que ver con estos yahuds esta por demostrar. En cualquier caso, los preceptos principales de la religión egipcia quedaron fijados en el ritual ceremonial judío a través de Moisés, de tal suerte que nos encontramos con mucho más que simples reminiscencias.

Sobre el propiciatorio el sumo sacerdote hebreo en el día del Yom Kipur untaba la sangre del sacrificio (que no olvidemos es vehículo del alma), después se transferían ritualmente los pecados de Israel a una cabra que era conducida al paraje conocido como “cabeza de turco”.

El sentido de la ceremonia de la Expiación estaba copiado literalmente del mundo egipcio, concretamente de la ceremonia de inmolación de un buey al Dios Tifón.

Cuando en el día de la expiación el sumo sacerdote hebreo penetraba en el interior del santo de los santos y traspasaba los pecados a un macho cabrío, este recibía el nombre egipcio de “Hazacel”.

Tal como acontecía en la ceremonia hebrea donde el carnero sacrificado debía estar sin macula, en la ceremonia egipcia el buey era examinado por un sacerdote con el mismo fin. La imprecación que se pronunciaba sobre la bestia era:

“Si tiene que suceder alguna desgracia a los que ofrecen el sacrificio o a Egipto entero, desvíese el mal caiga sobre esta cabeza”.

Sobrevenía a continuación la confesión y expiación colectiva mediante 39 latigazos y todo sucedía alrededor de la música, el fuego y las libaciones.

Por otra parte el Sumo Sacerdote hebreo para penetrar en el interior del Devir debía portar en su frente una lámina con las iniciales del nombre de su Dios, de igual modo el sacerdote egipcio debía cumplir con una prerrogativa similar antes de entrar en el templo de Serapis. La contemplación del santuario o adytum estaba prohibida en el mundo egipcio a los iniciados menores, tal como sucedía respecto del interior del Santo de los Santos del Templo de Salomón.

Según Clemente de Alejandría, los egipcios adoraban a un Dios único llamado I-ha-Ho, lo que Moisés transformo en Jehová. También refiere Clemente de Alejandría cómo Pitágoras fue obligado por los sacerdotes egipcios a circuncidarse para ser admitido en sus misterios. Costumbre que a pesar de ir desapareciendo progresivamente en el mundo egipcio se conservo en el hebreo.

Incluso la formula hebrea del shema shemaforhas, la base misma de la mística hebrea, es mucho más que una simple reminiscencia egipcia.

La eficacia de las fórmulas rituales egipcias dependía de una correcta entonación y el conocimiento exacto del nombre. La voz se envolvía en un fluido mágico que a través de un ritmo concreto ejecutaba la acción del pensamiento.

Según Herodoto, en Sais se habla de cómo los egipcios cuando se reunían definían a Dios como el “innombrable”, lo que Plutarco aclara especificando que esa prerrogativa de llamar a Dios por el nombre solo estaba reservada a los iniciados de alto grado.

Los seres y las cosas basaban su existencia en la palabra, hasta tal punto que Toht personificaba el poder de la misma. El dios egipcio “Ptah” creaba no solo por medio de su espíritu sino de su lengua (verbo). El nombre en la religión egipcia formaba parte del “ka”, una escisión del alma (“Ba”) que en vez de reintegrarse a otro mundo permanecía junto a la momia disfrutando de una vida mágica. El nombre formaba parte del “Ka” por esa razón los egipcios ocultaban su nombre bajo un seudónimo.

Nos encontramos con que no solo la mística sino los mitos hebreos se construyen en base a recreaciones cosmogónicas y antropocósmicas anteriores. Todos los fenómenos naturales que regían la vida de Egipto fueron simbolizados en potestades míticas consagradas en el orden religioso.

La visión antropomórfica del pueblo hebreo se singulariza por la primitiva personificación de los procesos naturales, de tal modo que estos se representan como emanaciones asociadas a las distintas partes del cuerpo humano. Todas las mitologías se nos presentan como distintos aspectos de una misma realidad. Si la tradición Védica reúne lo disperso a partir del Caos reorganizándolo en potencias llamadas "Dlaus", los hebreos hablan de emanaciones o Sefirot. Finalmente, el hombre es visto como un árbol invertido que hunde sus raíces en el cielo, pero da sus frutos en la tierra.

En otros pueblos que convivieron con el hebreo, la veneración por los antepasados lleva a la deificación de los primeros reyes, posteriormente estos al morir ingresan en el panteón de las constelaciones y se identifican con los astros. La economía gramatical de los primeros vocabularios lleva a la divinización de los signos, por eso los judíos asimilan los patriarcas a los siete planetas.

Sanchonathión designa a Saturno como "Elión", El Altísimo, un hecho muy sugerente si pensamos en la posible prefiguración del faraón Akenathon, el padre del monoteísmo.